

LAS MOCEDADES MILITARES DEL DUQUE DE RIVAS

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA

Teniente Coronel de Infantería del Servicio Histórico Militar

Quizá no estén suficientemente divulgadas las mocedades del Duque de Rivas, de carácter netamente bélico y militar. Al referirse a ellas hay que llamarle don Angel de Saavedra y Rodríguez de Baquedano, aunque parezca pretensión erudita, porque la vida militar del Duque de Rivas es la de su hermano Juan Remigio, bastante paralela a la suya, pero más intensa y destacada.

La biografía de don Angel Saavedra presenta un tríptico de facetas perfectamente claras y definidas: Militar, político y poeta. Al menos en el espíritu, son inevitables las intersecciones de esos tres campos, y también los contrastes, ni más ni menos que en tantos personajes de su época, donde el romanticismo se halla exacerbado. El militar patriota contra los franceses invasores va a ser luego el liberal rabioso, extasiado ante la Constitución del año doce. El poeta alterna entre ambos caracteres de rebeldía, contra el francés y contra la opresión absolutista, y aún cuando se refugie en temas del medievo o del renacimiento, asomará siempre el acusado fondo de su espíritu independiente, liberal y un tanto anárquico. Pruébalo, entre otros ejemplos, su *Ataulfo*, prohibido por la censura en 1814, cuando apenas acaba de enfundar la espada.

Entre los personajes de las armas y las letras, soldados-poetas que cada día se manifiestan o redescubren, don Angel Saavedra no es uno más, sino uno de los más clásicos. Puede añadirse que es un ejemplo claro del poeta que sólo brilla cuando descansan las armas. Hasta el fin de la guerra de la Independencia su oficio es la milicia, sus versos sólo son escauceos muy aislados y mediocres.

Hemos de acudir desde un principio a la puntualísima prosa biográfica de don Nicomedes Pastor Díaz, amigo y confidente de don Angel, compenetrado con él por su alma de poeta doliente y dolo-

rido (1). La obra de Pastor tienta al análisis crítico, porque en su biografía no elude el ensayismo al gusto de la época.

Discurre sobre la turbulenta vida de los poetas y de las maravillas que harían en la prosperidad quienes cultivan las artes en la miseria —olvidando que «el hambre aguza el ingenio»— y varias sutilezas más, algunas muy curiosas.

En el prólogo de Pastor hay una observación final que nos atrae. Anota que Angel Saavedra «actuó en la guerra o en la política, *desde que ésta ha sustituido a la guerra*». Su pensamiento nos mueve a ver en él un anticipo de Clausewitz, pero para 1867 en que escribe Pastor, hacía ya treinta años que el estratega había publicado su famosa frase de «que la guerra es la prolongación de la política con otros medios», que hoy, como entonces, tiene pleno vigor leída del revés. Es más que posible que don Nicomedes no hubiese leído a Clausewitz y hay que admirar su intuición, porque en Saavedra, ciertamente, el proceso fue inverso hasta el punto de que acierta su biógrafo diciendo que hay que trazar una línea divisoria entre don Angel de Saavedra y el Duque de Rivas. El militar es netamente el primero, el segundo es el político, que lucha con otras armas. Una lucha que en sus fines es distinta y, hasta cierto punto, opuesta a la militar, por cuanto las Cortes, la Constitución y el liberalismo tenían de afrancesamiento. Vale la pena aclarar que afrancesados hubo entonces en uno y otro bando, hasta el punto de invalidar el adjetivo, haciéndose preciso un vocablo, inusitado entonces, para distinguir entre colaboracionistas y no-colaboracionistas, ya que el afrancesamiento ideológico no impedía combatir contra el invasor.

Resume Pastor Díaz con acierto —y en ésto va de acuerdo con Cañete— que don Angel «*fue poeta y pintor desde la cuna*». Aclaremos, sin embargo, que como poeta era bastante flojo mientras fue soldado. Entre los años 1820 y 1823 fue conocido simultáneamente como escritor y como hombre público, pero el poeta famoso en nuestra literatura sólo brilla en la última etapa de su vida, precisamente la más reposada y libre de aventuras y disgustos. Ya había hecho poesía

(1) Don Enrique R. de Saavedra, duque de Rivas, dice en el prólogo a las obras de su padre que la biografía que de él hizo Pastor Díaz tiene valor autobiográfico en cuanto a los hechos narrados. Cuando en 1841 don Nicomedes comunicó al Duque su propósito, pidiéndole datos, éste le envió un voluminoso manuscrito, especie de libro de memorias, relato fiel de sus andanzas. Se echa de ver la mano del Duque en la gráfica narración de ciertos episodios. Es preciso que a uno le hayan sucedido las cosas para contarlas de manera tan expresiva.

herreriana en el seminario, cuando en su primer año de milicia —dieciséis años mal cumplidos— compuso algún poema con su compañero de habitación, un artista belga, y publicó sus versos y dibujos en el periódico de Luzuriaga y Capmany, porque la pluma del soldado que era en 1806 y 1807 aún tenía el reposo suficiente para emborronar cuadernos con poemas y bocetos, en pretenciosa tertulia literaria o dejándose llevar la mano del pincel por el maestro López de Enguídano, pintor de Cámara entonces.

Sólo en 1814, al retirarse acabada la guerra, publicó su primer libro de versos. En él podría estar, como muestra de su inmadurez, un «Himno Patriótico» a la Constitución del Doce, ejemplo claro de que si el poeta *nace*, necesita mucho *hacerse*, con el trabajo y la crítica de cada día. He aquí el Himno para que el lector juzgue:

*Ya son libres los pueblos hispanos,
ya son libres, ¿Y quién alevoso
hay acaso que pueda orgulloso
oprimirlos de nuevo pensar?
Si hay alguno de intentos tan vanos,
su arrogancia sin susto veremos,
y romper su altiveza sabremos,
como escollos las furias del mar.*

De ésto a sus grandes tragedias, hay toda una vida de estudio poético, de madura experiencia y también de reflexión bélico-heroica.

I. UN CAPITÁN DE SIETE AÑOS

Don Angel de Saavedra nació en Córdoba el 10 de marzo de 1791. Tal vez influyesen en su nombre la repetición de ángeles sobre columnas que abundan en la ciudad, porque San Rafael es su patrono y custodio. Su padre era Grande de España. Un canónigo francés, monsieur Tostín, emigrado de la Revolución, fue su primer maestro. Pronto la familia se trasladó a Madrid huyendo de la fiebre amarilla que diezmaba a los cordobeses. Otro sacerdote y otro emigrado francés le enseñan latín y humanidades, lo que hoy llamamos letras. Huérfano de padre a los once años (1802) ingresa Angel en el Seminario de Nobles, ilustre colegio donde los profesores son personalidades de fama nacional. Allí destaca por su inteligencia y su memoria, por la facilidad para el dibujo, la pintura y la versificación. Esta úl-

tima facilidad poética era fruto de la herencia y el ambiente: su padre escribía versos al modo de Gerardo Lobo, muy celebrado entonces, y no lo hacía mal; pero también su viejo mayordomo rimaba con rapidez, y abusando de retruécanos y equívocos, colocaba tiradas de versos como poeta de bodas y bautizos. Angel de Saavedra destacaba en el Seminario, más allá de donde le exigían, traduciendo a los clásicos latinos y componiendo poemas herrerianos.

Pintor y poeta desde la cuna, también desde la cuna fue militar. A los seis meses se le designaba Caballero de Justicia de la Orden de Malta, poco después se le concedía la banderola de Guardia de Corps supernumerario, y a los siete años se le nombra Capitán de Caballería de real gracia, agregado al regimiento del Infante. Era en 1798. Cuatro años después murió el padre, cuando el Rey se disponía a premiar sus excelentes servicios, por lo que la recompensa pasó al hijo mayor, Juan Remigio, que heredó el ducado de Rivas, siendo nombrado Oficial exento de Guardias de Corps. Con ello se uniría en el futuro la vida militar de ambos hermanos. Angel ingresa entonces en el Seminario de Nobles y junto a las disciplinas humanísticas practica con pasión la esgrima hasta distinguirse como notable tirador.

Son tiempos de armas, los jóvenes admiran las victorias de Napoleón, y cada uno sueña con emularlas, y así nuestro mozo, antes de cumplir los dieciséis años, sale del colegio y se incorpora como Capitán a su regimiento del *Infante*, que entonces guarnecía Zamora. Corre el año 1806, el regimiento se dispone a salir a campaña por Europa bajo las banderas de Napoleón, encuadrado en el cuerpo expedicionario del Marqués de la Romana. La madre, viuda, suplica al hijo y al Rey. El niño cede ante las lágrimas maternas —que aún le dominan— y el Rey evita que un capitán imberbe vaya a combatir a la izquierda del Rhin, donde la eficacia de su mando era más que dudosa y estaba por probar. El capitán efectivo queda con ello de *alférez sin despacho*, como cualquier Guardia de Corps, incorporado al Cuerpo de Guardias de la Real Persona, título que disimulaba de mala manera el afrancesamiento del nombre y la organización de la Unidad. Se le destina a la compañía flamenca, donde casi todos son belgas y tras algunos meses de instrucción, interviene en los sucesos de 1807, en Aranjuez y El Escorial, cuando la Revolución se iniciaba allí con violencia. Ya dejan huella en él el motín y la prisión del príncipe Fernando.

Más tarde anotaría como de muy mal augurio aquel trastorno anárquico en el que cae un privado, se destituye a un rey obligándole a abdicar y el pueblo aclama al hijo, que al entrar en Madrid la encuentra ocupada por los franceses. La invasión había aconsejado a mediados de marzo concentrar en la capital todas las fuerzas posibles; la Guardia de Corps estaba con la Corte en Aranjuez, y no habiendo caballos para todos, ordenaron quedarse a los más jóvenes, entre los que estaba Angel de Saavedra. Pero su espíritu no se avenía con la pasividad y consiguió permiso para montar un potro salvaje de la última remonta. Sobre él entró en Madrid, escoltando al nuevo Rey, en un momento histórico.

No pudo estar en la acción del 2 de mayo. Aquella madrugada la Junta de Gobierno, dominada por Murat, ordenó a su escuadrón partir rápidamente hacia Guadalajara, sin duda para alejar fuerzas de la capital. Días después regresaba el escuadrón a Madrid, pero ya el alzamiento popular había sido dominado por el terror. Don Angel, aún militar de paz, se dispuso a intervenir en la Guerra de la Independencia. Su voluntariedad acababa de romper la dependencia materna que frenó su partida a Centroeuropa y ahora él decidía su destino. Su espíritu militar y su alma de poeta había sentido hondamente el hecho histórico que marcaba su vida. Palpando el ambiente, lo cantaba con versos académicos, más sueltos y encendidos que otros posteriores:

*Cuerpos armados y armaduras brota
el espacioso campo de Castilla.
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
los españoles de la edad remota
y lumbre celestial en ellos brilla.*

*Los hijos de Sevilla,
sobre la invicta espada
del gran Fernando, horror del agareno,
de constancia y horror henchido el seno,
juran vengar la patria profanada.
Y recuerda su arrojo y alta gloria,
de Alfonso y de las Navas la memoria.*

Don Angel de Saavedra, alférez sin despacho de Guardias de Corps, iba a comenzar su vida de patriota como militar en campaña. Pero también se iba a decidir con ello su vocación de poeta de guerra. Como tantos poetas-soldados, llevará a la guerra la pluma junto a la espada.

II. EN PLENA GUERRA: DE SEPÚLVEDA A OCAÑA

Pocos días después del 2 de mayo de 1808 el dominio francés en Madrid era casi absoluto. Las cosas no habían sido tan improvisadas para ninguno de los dos bandos. En la mañana del 2 se concentraban hacia la Puerta del Sol numerosos grupos de hombres del campo cuyo viaje no tenía otra explicación que alguna consigna secreta, ya que aquél no era día de mercado. Murat, por su parte, había desguarnecido la capital en lo posible, evitando toda articulación de movimientos. Los Guardias de Corps eran particularmente inquietantes. Los sucesos de Aranjuez habían probado su lealtad a las personas reales, y era clara la simpatía popular que cada uno de los guardias suscitaba, la cual, en cualquier momento podía convertirse en influencia subversiva. Por eso, la mayoría constituyeron los destacamentos que acompañaban a los Reyes a la frontera y en la madrugada del día 2 partían a Guadalajara el escuadrón en que formaba Angel de Saavedra, con sus diecisiete años recién compulidos, y los demás hacia otros lugares. A su regreso, quiso Murat agregarlos inmediatamente a columnas que salían para provincias, pero el hecho era grave y provocó en el escuadrón de don Angel reuniones clandestinas de jefes, oficiales y guardias, algunos de los cuales partieron disfrazados a distintos puntos de España para fomentar el alzamiento antifrancés. Murat lo supo pronto, y en vez de reprimirlo con dureza, actuó políticamente, enviando el escuadrón al Escorial con toda la fuerza disponible y con estandartes desplegados.

La orden fue muy mal recibida. Jefes, oficiales y guardias se apresuraron a pedir el retiro o la licencia, decididos a no colaborar con los franceses. Estos, no juzgando oportuna la disolución del Cuerpo, hicieron que el Ministro de la Guerra convocase a los más influyentes, entre los que se encontraba don Angel de Saavedra y su hermano el Duque de Rivas, capitán exento. El astuto ministro apaciguó hasta a los más exaltados, que eran ambos hermanos, asegurándoles que ni en El Escorial ni en el camino encontrarían un solo francés. Trataba sólo de quitárselos de encima, pues en Galapagar se cruzaron ya con dos escuadrones de dragones y un batallón de infantería ligera, que dajando pasar a los Guardias, les siguieron a poco más de un kilómetro de distancia, entrando casi a la vez que ellos en el pueblo, donde estaba acantonada nada menos que la división francesa de Frere.

En el Escorial, pasaron ocho días de ansiedad. A cada momento había alarmas, avisos y confidencias de parientes y amigos de Madrid, anunciándoles que los franceses querían provocarles para justificar un castigo, que les llevarían a Francia como rehenes o que, cierta noche les iban a asesinar a todos.

Al anochecer, el general Frere recibe al Oficial Quintano, que trae de Madrid un mensaje ministerial. Inmediatamente convoca al general Perellón, jefe de los Guardias, con los Exentos, Oficiales y algunos Guardias, entre ellos, otra vez los hermanos Saavedra. En el recibimiento, Frere extremó su cortesía y ordenó a Quintana leer sus pliegos. En ellos se comunicaba la sublevación del Colegio de Artillería de Segovia, contra el que se enviaban tropas francesas, advirtiéndole que Murat vería con agrado unidos a ellas a los Guardias de Corps, cuya presencia calmaría los ánimos de los cadetes y evitaría llegar al último extremo, todo en el campo de la urgencia y el deseo de armonía, sin asomo de orden oficial.

Aquí Pastor Días nos da una visión muy vigorosa de su héroe: «Levantóse don Angel, con el calor de sus diecisiete años y en nombre de todos se negó a marchar contra Segovia, afirmando que ningún guardia pensaba ser traidor ni luchar contra sus compañeros de armas». Ante el aplauso unánime, el general quedó perplejo, pero trató aún de individualizar y aislar al espontáneo enfrentándole con posibles rivales. Amonestó a don Angel por su osadía y falta de disciplina, pretendiendo a sus pocos años dar lecciones de patriotismo a superiores respetables curtidos en el servicio y en la guerra. Pero su ardid produjo el efecto contrario y el general convino en no mover de allí su escuadrón.

Durante la noche, la división francesa evacuó El Escorial, y al amanecer, la Guardia recibió orden urgente de marchar a Madrid. Claro es que nadie estaba dispuesto a cumplirla. En Galapagar reunieron consejo sin llegar a un acuerdo, pues mientras unos proponían dispersarse para levantar las provincias, otros preferían unirse en conjunto a las primeras tropas españolas que encontrasen. Se dividieron, quedando con el general aproximadamente la mitad del escuadrón con sus estandartes; entre ellos los hermanos Saavedra. En Puerta de Hierro recibieron orden de marchar a Pinto sin pasar por Madrid, pero el Duque de Rivas entró ocultamente en la capital para recoger noticias.

Los del general llegaron a Pinto y, comprendiendo allí su imposi-

bilidad de actuar conjuntamente decidieron dispersarse. Don Angel se reunió en Madrid con su hermano y, disfrazados ambos, tras discutir si dirigirse a Castilla o a Aragón, tomaron el camino de Zaragoza para unirse a Palafox. En una acémila llevaban armas escondidas, pero al entrar en uno de los primeros pueblos aragoneses, tropezó la bestia y los paisanos que habían aceptado sus falsos pasaportes, gritan ¡traición!, creyendo ver brillar entre las armas «grillos y esposas para maniatar españoles y entregarlos a Napoleón». Les libró de la furia popular el alcalde metiéndoles en la cárcel, de donde los sacó un Guardia de Corps de los dispersados en Galapagar, que casi por casualidad estaba allí. Al salir del pueblo les aclamaron por valientes patriotas.

La experiencia les hizo adivinar posteriores dificultades aragonesas y los hermanos Saavedra, cambiando de rumbo, emprendieron el camino de Castilla para unirse al general Cuesta, con quien ahora sabían que iba uno de sus escuadrones, regresado ya de la escolta real. Llegaron al Cuartel General de Cuesta establecido cerca de Salamanca tras las jornadas de Cabezón y Rioseco. El general les recibió con gran afecto y los envió a Tamames, donde estaba el escuadrón de Guardias de Corps mandado por el marqués de Palacios.

Poco después recibía don Angel su bautismo de fuego. Tras la batalla de Bailén, el Ejército de Cuesta marchaba sobre Madrid para unirse al de Castaños, pero quedaba un destacamento francés rezagado en Sepúlveda y don Angel, que seguía siendo de los Guardias más jóvenes, recibió orden de salir con un pequeño grupo en misión de guerrilla a «picar» la retaguardia francesa. Sin tener aún a mano su hoja de servicios, nada sabemos en detalle de ésta acción, interesante por cuanto pone a prueba el ingenio y el valor individual en un primero y juvenil ataque. Sabemos que actuó con éxito y que a partir de entonces combatió con pocas pausas, aunque tan sólo constan los hechos de armas en que estuvo.

Se había incorporado poco después a un escuadrón de Guardias de la división del conde de Gante, que en Logroño fue atacado por los franceses, tomando parte don Angel en la defensa. La reorganización del Ejército le hizo pasar a un escuadrón de Madrid que actuó en reserva en la desgraciada batalla de Tudela y tuvo muchas bajas en la voladura del puente de Tarragona. Aquella noche el capitán Duque de Rivas recibió un fuerte golpe, perdió el caballo y hubo de retirarse a Madrid a la grupa del de su hermano Angel, a quien también dejaron malherido el caballo cerca de Alcalá. Perdido Madrid, prosi-

guió la retirada de las tropas a Cuenca. En la batalla de Uclés, era don Angel ordenanza de campo de Venegas, el general en Jefe. Después del desastre, retirado en la Mancha su escuadrón, contrajo unas fiebres infecciosas de tal gravedad que le obligaron a marchar a Córdoba, acompañado por su hermano el Duque, quien le dejó convaleciente junto a su madre.

Restablecido, se incorporó de nuevo al escuadrón, en Extremadura, y en él combatieron en la batalla de Talavera. Era ya una victoria española y el calendario marcaba el 28 de julio de 1809. Había pasado medio año de la derrota de Uclés, cuyo recuerdo sólo entonces se borraría de la mente de don Angel. El Duque de Rivas, pese a ser *exento*, recibió el mando del escuadrón y Angel, con él fue a parar a la División de Caballería del general Bernuy, que sorprendió al enemigo en Camiñas, Madrideojos y Herencia, arrollándolo y empujándolo hasta Mora, donde sorprendidos por fuerzas muy superiores, no tuvo otra salida que retirarse por el puerto de la Jara, y apretada en tan estrecho paso, se retiró en desorden abandonando la artillería. En esta situación, sólo el Duque de Rivas mantuvo firme su escuadrón y al mando de un grupo de valientes —su hermano entre ellos—, logró restablecer el orden, rehacer a los fugitivos y dar una carga tan eficaz que salvó los cañones, prácticamente perdidos.

Tras otras correrías por la Mancha, la División Bernuy se retiró a La Carolina, donde el Ejército se reorganizó nuevamente al mando de Areizaga para atacar Madrid. Sería la última campaña importante del Ejército español, como tal, en la Independencia. Don Angel de Saavedra sentía el desastre en su carne y en su alma de poeta. Se aproximaba noviembre de 1809 y en él la triste jornada de Ocaña.

III. CON ONCE HERIDAS MORTALES

Las referencias a la vida militar de don Angel de Saavedra suelen encontrarse en la batalla de Ocaña, basándose en datos autobiográficos. Y la batalla de Ocaña fue acaso la más desgraciada de nuestra guerra de la Independencia, que rematada nueve días después con la de Alba de Tormes, produjeron un 40 por 100 de bajas al Ejército de 46.000 hombres que los españoles habían conseguido reunir.

Con los datos de Gómez de Arteche, podemos resumir la situación así: Reorganizado el Ejército español bajo el mando de Areizaga, la Junta Central le encomendó la misión de conquistar Madrid. Integra-

ban el Ejército unos 56.000 hombres, de ellos 5.000 jinetes. Pero Areizaga continuó la inacción de su destituido antecesor Eguía, y dio tiempo a que sus perseguidores Víctor y Sebastiani concentrasen para acosarles 40.000 hombres de a pie y 6.000 de a caballo, agrupados en seis divisiones, una de ellas alemana y otra polaca, más la brigada de cazadores y lanceros polacos del general Paría. La consigna francesa era defender Madrid a toda costa y anticiparse al intento español de pasar el Tajo. El 18 de noviembre sus columnas estaban en Aranjuez, pasaban el Tajo, primero por un vado y luego por los puentes reconstruidos, y sorprendían a las avanzadas enemigas. A la mañana siguiente obligaban a los españoles a aceptar en Ocaña una batalla desigual, que pronto se convirtió en completa derrota y dispersión de las tropas de Areizaga. Las bajas francesas apenas llegaban a 2.000 hombres, mientras que las españolas —con más de 4.000 muertos y heridos y 13.000 prisioneros— sumaban 17.000, más de un 30 por 100 del total, con numerosos cañones, víveres e impedimenta. Para los franceses fue una victoria decisiva, a la que se unió la de Alba de Tormes, con 3.000 nuevas bajas españolas.

Pero don Angel de Saavedra, guardia de corps del escuadrón de su hermano el Duque de Rivas, no se encontró en Ocaña, porque había caído gravemente herido en la acción de la víspera, un combate pequeño y encarnizado que se libró en Ontígola.

El 3 de noviembre de 1809 los franceses habían sido vencidos en Dos Barrios y Ocaña, por lo que repasando el Tajo se replegan sobre Madrid. El 18, quince días después, avanzaba sobre Madrid la división Bernuy, en la que se encontraba el escuadrón de Juan Remigio de Saavedra. Aquella misma tarde, Sebastiani pasaba a la izquierda del Tajo por un vado y con tres regimientos de dragones de la división Milhaud se metía por el camino de Ocaña para reconocer las posiciones españolas. Encontró establecidos, en Ontígola, 1.500 jinetes de algunos escuadrones de dragones de *Alcántara*, *Pavía*, *El Infante*, *Voluntarios de Madrid*, y los de línea *Carabineros Reales*, *Guardias de Corps*, encuadrados todos ellos en las tropas de la división Bernuy y del brigadier March. Contra tan pocos hombres todo había de acabarse en un combate, que los franceses han exagerado anotando que había 4.000 españoles, pero su mismo historiador Schpeler dice que eran *algunos escuadrones españoles*. Las circunstancias de la lucha quedaron poco claras por un misterio creado a

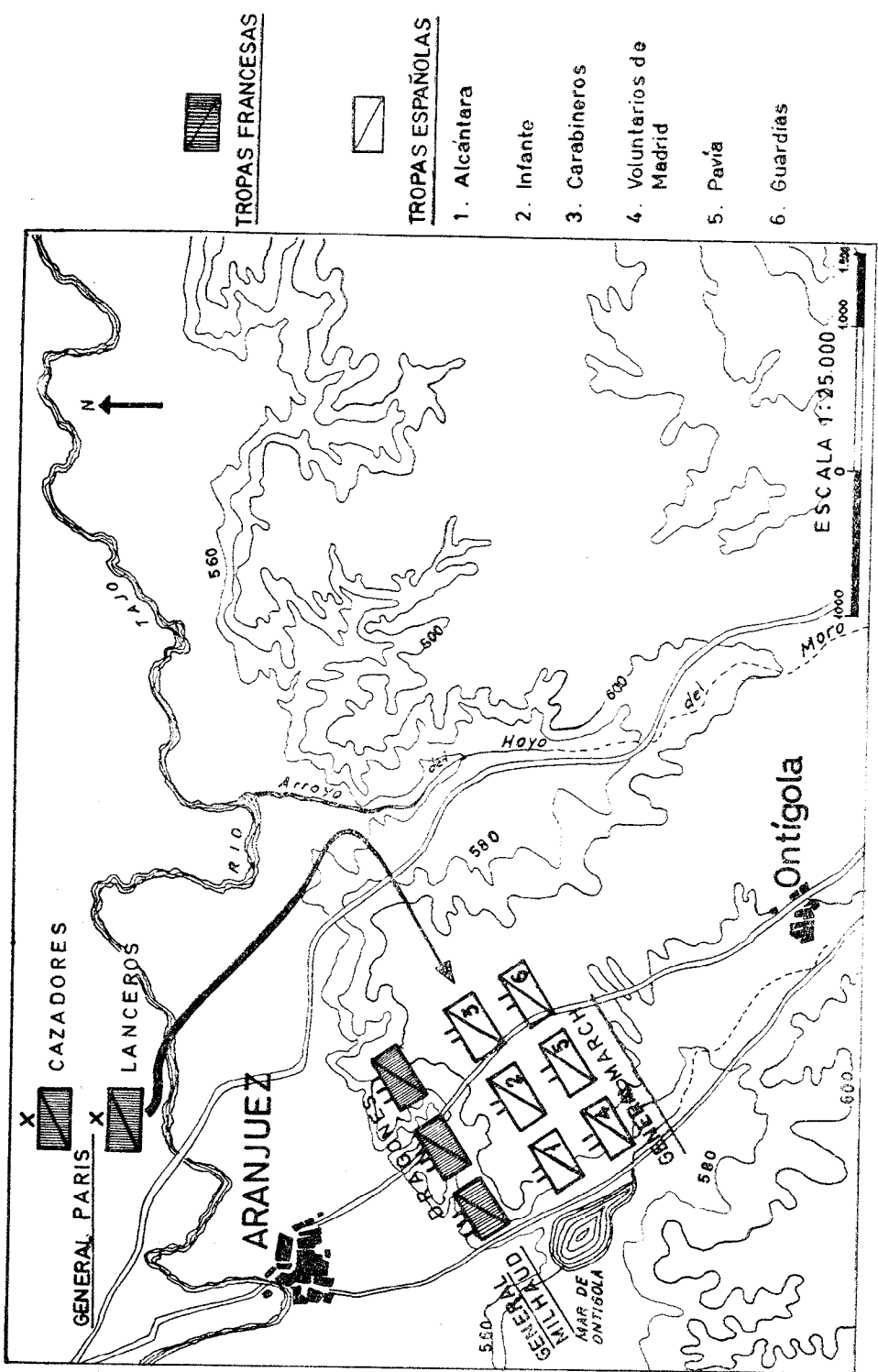
medias entre la fantasía de los cronistas franceses y las contradicciones de los españoles.

Nuestra caballería formó en línea sobre la meseta por donde va el camino alto de Aranjuez a Ocaña, junto al llamado Mar de Ontígola, que no es sino un lago artificial para regar la parte elevada de la zona. Allí rechazaron a los dragones de Milhaud y aún se disponían a cargar a fondo sobre ellos. Pero temiendo este fracaso, el general Morthier envió en su socorro los cazadores y lanceros del general París, y éstos últimos, subiendo por un camino cubierto, aparecieron de improviso al flanco derecho de los españoles, cargando a toda brida, con su general a la cabeza, cuando ellos atacaban a los dragones franceses. La súbita carga sorprendió por completo al ala derecha de Bernuy, donde formaban los famosos *Carabineros Reales*, que cedieron pronto, y sucesivamente el resto de las tropas. Mas el contagio no fue total, ni tan rápida como parece la derrota. El regimiento de Pavía, los voluntarios de Madrid y, sobre todo, los Guardias de Corps, que estaban en segunda línea, dieron frente a los lanceros polacos, los cuales reunidos ya con los dragones avanzaron de nuevo hasta entablar con los españoles un combate revuelto y fiero, donde nuestros jinetes sostuvieron el honor militar con alto precio de sangre en ambos bandos (2).

Los Guardias de Corps mantuvieron su puesto mucho tiempo. Dice Alcalá Galiano que «el pundonor de cada individuo suplía la

(2) Tal fue el combate de Ontígola, que los historiadores de los Regimientos de Alcántara y Pavía describen como acción de Aranjuez, no si razón, pues se dio más próxima a Aranjuez que a Ontígola. Hay que hacer justicia a quienes se comportaron valerosamente, y no atribuir todo el mérito a los Guardias de Corps. GÓMEZ DE ARTECHE destaca junto a ellos al regimiento de Pavía, que tampoco se contagió de los sorprendidos por el ataque de flanco francés. Los soldados de Pavía se mezclaron con los asaltantes. El general París, encendido por el triunfo y más por la resistencia de los de Corps y Pavía, se metió con ardor entre las filas españolas, y luchando fue a caer muerto a los pies de Vicente Manzano, cabo de Pavía, que lo atravesó de parte a parte con su sable. Y observa el mismo historiador que Manzano tuvo tiempo de despojarle de su uniforme y de unos documentos muy interesantes de haberse fijado en ellos— para la marcha del día siguiente.

La retirada se hizo inevitable y pronto se convirtió en precipitada, perseguida de cerca nuestra caballería por la francesa. Bernuy pudo avisar al Jefe de la vanguardia, que acababa de entrar en Ocaña, quien, haciendo formar de nuevo su división, destacó el batallón de Plasencia, el cual, con fuego nutrido detuvo a los franceses y les hizo retirarse a bastante distancia por el mismo camino de Ontígola, donde vivaquearon aquella noche con avanzadas y escuchas próximos a Ocaña.



El combate de encuentro de las vanguardias entre Aranjuez y Ontigola: despliegue inicial de las fuerzas españolas de March junto al Mar de Ontigola, ante el ataque de los dragones franceses de Milhaud y maniobra de la reserva francesa del general París.

falta de instrucción y disciplina propia de un cuerpo donde todos los soldados eran oficiales». Pastor Díaz particulariza lo que oyó de su amigo don Angel de Saavedra. El escuadrón del Duque de Rivas hizo alardes de valor, cargando todos desesperadamente contra los polacos cuando ya estaba deshecha el ala derecha de Bernuy, rehaciéndose y volviendo a cargar por tres veces hasta perder más de un tercio de su fuerza. Pastor lo describe así: «Don Angel de Saavedra tuvo herido el caballo desde los primeros momentos, pero continuó peleando cuerpo a cuerpo y a cuchilladas con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cabeza y una profunda estocada en el pecho y todavía cerraba firme y desesperado en sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos y atravesado el pecho de un bote de lanza, cayó a tierra y sobre su cuerpo desangrado pasó el tropel de los combatientes aumentando sus heridas». Que eran once. Aun podada la narración de algunos barroquismos, se advertirá en ella la excesiva hipérbole del poeta y un inverosímil sentido homérico en ese exceso de combatir a pie, rodeado de enemigos al morir su caballo, con dos heridas graves de cabeza y una estocada en el pecho, llevando su sentido de la epopeya hasta límites mitológicos (3).

Es un invariable gusto romántico que vale la pena señalar por lo que aclara en crítica histórico-literaria. A los acentos helénicos de Pastor Díaz se unen sugerencias cronísticas americanas, con una clara presencia imaginativa de Hernán Cortés, cuya Noche Triste está en su fantasía al describir la del Duque de Rivas de éste modo: «Cerró la noche triste. Los muertos, en confuso desorden fueron retirados, quedando por unos y otros abandonado el campo de batalla cubierto de cadáveres. Reunió el Duque de Rivas junto a las tapias de Ocaña los destrozados restos de su gallardo escuadrón, y a la siniestra luz de un hacha de viento pasaba lista para cerciorarse de su pérdida. Su hermano no estaba allí. Cien veces repitió su nombre con el acento de la desesperación y nadie respondió. Por último, con lágrimas en los ojos, rogó a algunos guardias que saliesen en busca de su cadáver». Ya están todos los elementos del recuento mejicano: La noche triste, la lista a la luz de una antorcha, las numerosas bajas

(3) VALBUENA PRAT añade una curiosa nota saliendo al paso de alguna duda suscitada a propósito de la intervención de polacos en la acción, o de que luchase con ellos don Angel de Saavedra, y dice: «Para muestra de haberse batido con los polacos, sacó el pecho atravesado de una lanza, pues los polacos eran los únicos que usaban lanza en el ejército francés».

y el llanto del capitán. Sólo falta el árbol, que aquí sería tan imaginario como el de Cortés y su leyenda de la Noche Triste, no menos fantástica que ésta.

A media noche volvió en sí don Angel entre un grupo de muertos. Intentó levantarse y desmayó de nuevo. Le despertó el ruido de un soldado que recorría el campo en busca de despojos, llevando su caballo del diestro. Don Angel le gritó lo que pudo pidiendo socorro, él estaba desnudo, porque le habían despojado antes, tomándolo por muerto en su inconsciencia. Y el soldado Buendía, del regimiento del Infante, que Saavedra no olvidó en su vida —pues se la salvó— le cargó atravesado en su cabalgadura, lo alojó en una casa de Ocaña, porque el hospital estaba lleno, y avisó al capitán Duque de Rivas y a un cirujano, que «no halló otra cosa que recetarle sino la extremaunción», pero un barbero le hizo diestramente la primera cura y le dio muy buenas esperanzas. Anochecía el día 19 cuando salió apresuradamente en un carro con siete heridos más, acompañado por el brigadier don Julián Poveda y el guardia Mendinueta. El enemigo se echaba encima, tocaban generala y apenas salió el carro comenzó la batalla. Cuando llegaron a Tembleque —media tarde del 20— don Angel era el único que quedaba vivo en el carro, y los fugitivos del desastre le adelantaban ya, haciendo temer a su escolta que les alcanzaría el enemigo. Pronto los carros, cañones y tropes de huídos taparon el camino real. Poveda y Mendinueta despidieron a los soldados de escolta y se quedaron solos con el herido. Llegaron los franceses, acuchillaron a la gente fugitiva y gracias a que el carro se metió a campo traviesa hacia Villacañas, pudieron salvarse don Angel y sus protectores, porque Poveda era de Daimiel y se sabía el terreno palmo a palmo. La paz de su primera convalecencia permitió a nuestro personaje componer el famoso poema en que, con ingenuidad de sentimiento y de expresión, comienza contemplándose a sí mismo en la noche de Ontígola:

*Con once heridas mortales,
hecha pedazos la espada,
el caballo sin aliento
y perdida la batalla...*

En Baeza le atendió algunos días su hermano Juan Remigio; en Córdoba su madre, y aún temían por su vida, pues la lanzada le producía frecuentes vómitos de sangre y la herida de la cadera le tuvo cojo algunos años.



Los coraceros franceses entran en acción (Grabado de la época reproducido de la revista inglesa «Tradición», núm. 13).



Don Ángel de Saavedra retratado hacia 1836, año cenital de su vida, siendo Ministro de la Gobernación y Grande de España, reciente el éxito de su *Don Alvaro* y heredado el título de Duque de Rivas.

«El triunfo y el desengaño» pudieran titularse los dos retratos inferiores del Duque de Rivas. Son una fotografía parisina de 1857, a los sesenta y cinco años, y un óleo hacia 1860, siendo director de la Real Academia Española. Sobre el uniforme lleva el Toisón de Oro y la Gran Cruz de Carlos III.



Luego una odisea cordobesa, cuando los franceses invaden Andalucía. Preso con su madre, despojados por completo, se refugian disfrazados en la barraca de un pescador del Perchel. Un oficial pasado a los franceses les ayuda y, con pasaporte falso, pasan por Gibraltar a Cádiz, donde está el escuadrón del Duque. Tratado como un héroe por Castaños, don Angel es promovido a capitán de Caballería, y agregado al escuadrón de su hermano, y poco después al Estado Mayor, que entonces fundó el general Blaque. A los tres meses era ya en él ayudante segundo de plantilla.

Hacía versos y cuadros, aunque malos, que le dieron a conocer. Poemas de circunstancias, que pronto destruyó, y pinturas de la vida en campaña. Por ello se le encomendó el Negociado de Topografía e Historia Militar. Resumía mensualmente para el Gobierno los partes de guerra, interesante conjunto documental perdido o ignorado en los archivos, y durante el año 1811 redactó un semanario militar muy apreciado (4). Ascendió a ayudante primero, con categoría de comandante, y entre otras comisiones se le encomendó un informe de la batalla de Chiclana sobre el propio terreno. El, aunque con mala salud, prefirió tomar parte en la batalla, para hacer más personales y directas sus noticias. Sus últimas actividades militares fueron de delicado matiz diplomático, para someter a disciplina, destituir o procesar a los generales Ballesteros y Merino, rebeldes de Córdoba, para lo cual hubo de ejercer una especie de espionaje, destinado junto al primero (5).

Cuando la victoria de San Marcial dejó a España libre de franceses, don Angel de Saavedra, escaso de salud para la vida militar,

(4) Publicó también una razonada defensa del Cuerpo de Estado Mayor, muy atacado entonces, y presentó al Gobierno varias memorias sobre su organización.

(5) Recelando el Gobierno de las intenciones del general Ballesteros, envió junto a él al comandante Saavedra para tratar de averiguarlas.

Cuando levantado el sitio de Cádiz y perseguidos los franceses, se amotinó en Córdoba la división del general Merino con el pretexto de secundar a Ballesteros en su negativa a reconocer a Wellington como Generalísimo de los Ejércitos españoles, la Regencia dio a don Angel de Saavedra plenas facultades para someterlos a la disciplina, lo que consiguió con pleno éxito. Siguiendo su consejo, el general Echevarría reasumió el mando, restableció la disciplina y sacó de Córdoba la división, después de deponer al general rebelde y prenderle con los sediciosos.

Tras la batalla de Vitoria, don Angel pidió destino al E. M. de Wellington, sin conseguirlo. Por entonces se resintió de sus heridas; los médicos le aconsejaron reposo en el clima andaluz y fue de nuevo en comisión a Córdoba. Allí le llegó la noticia del fin de la guerra.



Puntos del itinerario militar de don Angel de Saavedra, en los años 1808 y 1809.

pidió y obtuvo el retiro con el grado de teniente coronel. Al volver al trono Fernando VII le ascendió a coronel efectivo, aunque más tarde el mismo rey le condenaría a muerte por rebelde, de cuya pena se salvó emigrando a Inglaterra. Después era ya buen poeta al tiempo que discutido político, cuyos últimos contactos con la milicia estuvieron siendo Ministro de Marina y Presidente del Consejo, poco feliz, en el que se llamó «Gobierno de las Barricadas».

Su vida militar fue la de las mocedades, pues empezó de capitán a los siete años y terminó a los veintitrés de coronel.

IV. EL POETA DE GUERRA

Como poeta, la mayoría de sus títulos —tragedias, comedias, romances, historia— son de ambiente guerrero, heroico o caballeresco. Entre los romances históricos se ha dicho que *El Moro Expósito* es uno de nuestros mayores poemas épicos, que entronca con la *Farsalia*, de Lucano, y con el *Mío Cid*. Frente a la falta de realismo de Pastor Díaz, desorientado en todo lo castrense, su poesía une la sensibilidad a la precisión verista. Era inevitable en quien vivió como el que más la intensidad de jornadas duras y amargas, convivió con heridos, sintió en su carne la penetración del sable y de la lanza, la punzada de once heridas, y pasó jornadas mezclado con cadáveres en la noche del campo de batalla y en el trasteo del carro de los muertos, en quien vivió la emoción de la carga y la alegría de la victoria, la pesadumbre de la prisión y el destierro.

Por muy medievales que fuesen sus romances, las imágenes de su fantasía pasaban antes por la antesala de sus propias sensaciones y recuerdos. Ellos estaban presentes también en su *Romancero de la Guerra de Africa*, en su *Historia de la sublevación de Nápoles*, en sus tragedias de *Ataulfo y Alitar*, *Arias González* y *Aben-Humeya*. Sus numerosas obras sobre temas de la guerra de la Independencia, acaso esperan aún el inteligente beneficio crítico-militar (6).

Muy hondas debieron grabársele aquellas mocedades militares, cuando heredado de su hermano el ducado de Rivas y siendo Grande de España, ministro y presidente del Gobierno, aún se le iban el pensamiento y la pluma:

(6) Por coincidencia conmemorativa, dos de sus obras están dedicadas a personajes que fueron famosos peregrinos jacobinos: el Duque de Aquitania y Suero de Quiñones.

...Yo también
 de Ocaña por los collados
 con el licor de mis venas
 regué los laureles patrios.
 Y hoy, en cárcel de dolores
 por la vejez amarrado,
 con mi lira solamente,
 el marcial grito acompaño,
 mientras que mi nietezuelo
 hace mi bastón caballo
 y dice que va a la guerra
 ¡de moros y de cristianos!

El recuerdo de su mocedad militar, de capitán infantil a coronel adolescente, debió llenar toda su vida. El romance de su nostalgia bélica, militar y patriota, era el mismo que el de su añorada juventud, más clavada en el alma por su heroica intensidad.

BIBLIOGRAFÍA

- AMADOR DE LOS RÍOS, RODRIGO y MARQUÉS DE VALMAR: *Discursos necrológicos del Duque de Rivas*.
- CAÑETE, MANUEL: *El Duque de Rivas, don Angel de Saavedra*. «Vida y Obras». Madrid, 1884.
- DUQUE DE RIVAS: *Obras completas*, coleccionadas por su hijo don Enrique. Completa la biografía anterior hasta la muerte del Duque. Rivadeneira. Madrid, 1894.
- GÓMEZ DE ARTECHE: *Guerra de la Independencia*, tomo 7.º. Madrid, 1891.
- MAZADE, CHARLES DE: *El Duque de Rivas*. «Revue de Deux Mondes». 15 de febrero de 1846.
- PASTOR DÍAZ, NICOMEDES: *Obras completas*, tomo III, biografía del Duque de Rivas, 1867. Madrid.
- VALBUENA PRAT, ANGEL: *Historia de la literatura española*, tomo III. Madrid, 1963.
- VALERA, JUAN: *El Duque de Rivas*. En «Obras Completas». Rivadeneira, 1897.
- VIDART, LUIS: *El Duque de Rivas*. Madrid.

APENDICE I

DOCUMENTOS MILITARES DEL DUQUE DE RIVAS

El expediente del Duque de Rivas en la Sección Especial del Archivo del Ministerio del Ejército contenía hasta 1936 los siguientes documentos:

- 1.º Escrito de 19 de marzo de 1798 en el que consta que los dos hijos del Duque de Rivas, don Juan y don Angel, era capitanes.
- 2.º Escrito de 19 de marzo de 1799 dando cuenta de que el Rey se dignó conceder la merced del hábito de la Orden de Santiago a don Angel de Saavedra Ramírez, que era capitán del Regimiento de Caballería del Infante.
- 3.º Escrito de 1802 a 1804 sobre estancia y abono de pagas de don Angel en el Seminario de Nobles de Madrid.
- 4.º Escritos de 1805 sobre conducción, permanencia y salida de don Angel del convento de la Cabrera.
- 5.º Escritos de 1806 sobre concesión de plaza de guardia a don Angel en la compañía Flamenca del Real Cuerpo de Guardias de Corps.
- 6.º Pasaporte de 1809 a favor de don Juan de Saavedra, Duque de Rivas, Exento de Reales Guardias de Corps, para incorporarse a su Cuerpo en el Ejército de Extremadura.
- 7.º Instancia de don Angel, de 4 de febrero de 1834, pidiendo gozar la pensión de 36.000 reales anuales.
- 8.º Escritos de 1848 relativos a una instancia del Duque de Rivas solicitando el pago de 24.000 reales por ocupación del convento de San Onofre en Málaga que era de su propiedad, y dedicado a cuartel.
- 9.º Escritos varios donde consta que don Juan, hijo primogénito del Duque de Rivas, fue cadete en la Compañía Italiana de Guardias de Corps y Capitán Agregado al Regimiento de la Reina.

APENDICE II

ALGUNAS OBRAS DEL DUQUE DE RIVAS DE AMBIENTE CABALLERESCO Y MILITAR

1.—**Tragedias** (Todas al gusto francés).

Ataulfo (1814). Prohibida por el Gobierno.

Aliatar.

Doña Blanca.

Maleck-Adhel.

El Duque de Aquitania (Peregrino a Santiago).

Ya desterrado:

Lanusa (El Justicia de Aragón. Contra el despotismo).

Arias Gonzalo (de ambiente cidiano).

2. *Don Alvaro o la fuerza del sino*.

2.—Comedias de capa y espada.

La morisca de Alujar.

Solaces de un prisionero.

El crisol de la lealtad.

3.—Dramas.

1. *El desengaño es un sueño* (su obra más notable con *Don Alvaro*).

3. *Romances históricos*, entre ellos:

El moro expósito, o Córdoba y Burgos en el siglo décimo (Se trata de la leyenda de *Mudarra*. Es el mayor poema épico junto al *Mío Cid*).

El Faro de Malta.

El paso honroso de Suero de Quiñones (Peregrino a Santiago).

La Conjuración de Venecia.

Aben Humeya.

Maldonado.

Romancero de la Guerra de Africa (una parte del coleccionado por el marqués de Molins).

Historia de la sublevación de Nápoles capitaneada por Massinello (1847-48).